



## Los Profetas bíblicos

CURSO BÍBLICO – AÑO PASTORAL 2023-2024

### CULTO E IDOLATRÍA<sup>1</sup>

*«Porque quiero amor, no sacrificios;  
conocimiento de Dios no holocaustos» (Os 6,6)*

Los profetas no se rebelan contra el culto mismo: sacrificios, holocaustos, ofrendas, ayunos, asambleas religiosas, celebraciones de fiestas. Más bien, cuestionan el espíritu con el que se lleva a cabo el culto, cuando se reduce a gestos formalistas, actos externos, prácticas separadas de la vida. De sus escritos surgen acusaciones específicas a este respecto.

#### Adoración y lealtad

El Señor rechaza las prácticas culturales que entran en conflicto con comportamientos contrarios a sus expectativas.

El reproche en **Amós** es explícito. El Señor dice: *«¡Ve a Betel y peca, a Gilgal y peca aún más! Ofreced vuestros sacrificios cada mañana y vuestros diezmos cada tres días... Proclamad en voz alta vuestras ofrendas, porque así os gusta hacer, oh hijos de Israel... Pero no habéis vuelto a mí.»* (Am 4,4-6).

Con sarcasmo el profeta nos invita a ir a los santuarios de Betel y Gilgal, que ya no son lugares de encuentro con el Señor y de conversión, sino donde la gente sigue pecando y donde los ricos explotadores pueden hacer alarde de sus ofrendas.

Posteriormente, el pensamiento de Amós se vuelve más directo y explícito: *«Detesto, rechazo vuestras celebraciones solemnes y no me gustan vuestras sagradas reuniones; Incluso si me ofreces holocaustos, no me gustan tus ofrendas y no considero a las víctimas gordas como una pacificación. Lejos de mí está el estruendo de tus canciones: ¡no puedo oír el sonido de tus arpas! Más bien, que la justicia fluya como aguas y la justicia como un torrente eterno»* (Am 5,2124).

El uso insistente del adjetivo posesivo "vuestros" subraya que el culto practicado por Israel no agrada a Dios, sino que es rechazado por él. Lo que el Señor, en cambio, espera y aprecia es una justicia perenne, continua e incesante, no ocasional o intermitente.

Igualmente severa es la advertencia del Señor en **Jeremías**: *«¿Por qué me ofreces el incienso de Saba y la preciosa canela que viene de lejos? Tus holocaustos no me agradan, no me gustan tus sacrificios.»* (Jer 6:20).

---

<sup>1</sup>El texto de referencia de esta sección es G. Cavallotto, *Il grido dei Profeti*. Parole senza tempo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023 (cap. VI)

En particular, Dios rechaza los actos de adoración de quienes suben al templo y al mismo tiempo no observa sus mandamientos.

Continúa, dice el Señor, a «¿de modo que roban, matan, cometen adulterio, juran en falso, queman incienso a Baal, siguen a dioses extranjeros y desconocidos, y después entran a presentarse ante mí en este templo que lleva mi Nombre, y dicen: Estamos salvados, para seguir cometiendo las mismas maldades?» (Jer 7,9-10).

Para el Señor, pues, la primera petición no son los holocaustos y los sacrificios, sino la escucha de su palabra: «No hablé ni ordené a vuestros padres acerca de holocaustos y sacrificios cuando los saqué de la tierra de Egipto, sino que les ordené: Oíd mi voz, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; caminad siempre por el camino que os prescribiré, para que seáis felices». Pero ellos no escucharon ni hicieron oído a mi palabra; más bien, obstinadamente procedieron según sus malvados corazones y, en lugar de volverse hacia mí, me dieron la espalda.» (Jer 7,21-24).

El culto agradable a Dios es, ante todo, un retorno a Él. Sin embargo, no hay retorno a Dios sin justicia y misericordia.

La fidelidad al Señor requiere combinar adoración y justicia. Es la observancia de las dos tablas de la Ley: amar a Dios y amar a los demás.

## Primero la justicia y la misericordia

Dios rechaza las prácticas de adoración carentes de justicia y misericordia.

El Señor dice: «¿De qué me sirve la multitud de sus sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de animales cebados; la sangre de novillos, corderos y chivos no me agrada. Cuando entran a visitarme y pisan mis atrios, ¿quién exige algo de sus manos? No me traigan más ofrendas sin valor, el humo del incienso es detestable. Lunas nuevas, sábados, asambleas... no aguanto reuniones y crímenes. Sus solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extienden las manos, cierro los ojos; aunque multipliquen las plegarias, no los escucharé. Sus manos están llenas de sangre. Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Cesen de obrar mal, aprendan a obrar bien; busquen el derecho, socorran al oprimido; defiendan al huérfano, protejan a la viuda» (Is 1,11-17).

El ayuno es también una práctica de culto público y comunitario. No puede reducirse a un comportamiento penitencial externo: cilicio y ceniza. El ayuno agradable a Dios se llama defensa de los derechos de las personas, liberación de los oprimidos, solidaridad con los necesitados:

«¿No es más bien este el ayuno que quiero: soltar las cadenas injustas, quitar las ataduras del yugo, liberar a los oprimidos y romper todo yugo? ¿No consiste en compartir el pan con el hambriento, en acoger en tu casa a los pobres y a los desamparados, en vestir a quien ves desnudo, sin descuidar a tus familiares?» (Is 58,6-7).

La justicia debe estar casada con la misericordia, el amor y la solidaridad.

La petición formulada por Isaías encuentra un eco inicial en **Oseas**: «quiero amor y no sacrificio» (Os 6,6). Se confirma en **Jeremías**: «Si enmiendan sus conducta y sus acciones, si juzgan rectamente los pleitos, si no oprimen al emigrante, al huérfano y a la viuda, sino derraman sangre inocente en este lugar, si no siguen a dioses extranjeros, para desgracia de ustedes mismos, entonces habitaré con ustedes en este lugar, en la tierra que di a sus padres, desde antiguo y para siempre» (Jer 7,5-7).

Volvemos a **Zacarías**: «Así dice el Señor Todopoderoso: Hagan justicia de verdad, que cada uno trate a su hermano con amor y misericordia, no opriman a viudas, huérfanos, emigrantes y necesitados, que nadie piense en hacer maldades contra su prójimo» (Zc 7,9-10).

Está resumido en **Miqueas**. A quien cree hacer algo agradable a Dios ofreciendo miles de holocaustos, torrentes de aceite, incluso los primogénitos, el Señor responde: «Hombre, se te ha enseñado lo que es el bien y lo que el Señor exige de ti: practicar la justicia, amar el bien, caminar humildemente con tu Dios» (Mi 6,8).

He aquí, en resumen, lo que es bueno ante Dios: respetar la justicia, practicada concretamente en los tribunales, en las actividades comerciales, en la distribución de bienes, en la defensa de los débiles; comportarse con amabilidad (*héséd*), a través de relaciones marcadas por la lealtad, la benevolencia, la misericordia, la solidaridad; caminar con Dios, dejándote iluminar y sostener por su palabra.

## Expectativas del Señor

Refiriéndose a las prácticas culturales dominantes, frecuentemente regresan palabras de decepción y rechazo del Señor: no me gusta, no lo soporto, rechazo, odio.

De las acusaciones surgen peticiones específicas. Dios no pide cantidad sino calidad de las prácticas culturales.

En primer lugar, rechaza el ritualismo, compuesto de prácticas externas sin participación interna: «Este pueblo se acerca sólo con la boca y con los labios me honra, mientras su corazón está lejos de mí» (Is 29,13).

También rechaza el comportamiento mágico, expresado con prácticas culturales por parte de aquellos que roban, matan, juran falsamente, queman incienso a Baal y luego creen que se salvan porque participan en la liturgia del templo (Jer 7,8-10).

Contra una mentalidad “comercial”, basada en *do tu des*, el Señor declara que no está en venta: su bendición no se puede “comprar” multiplicando los holocaustos, las ofrendas, los ayunos y las fiestas litúrgicas. ¡La generosidad de Dios no depende del número de prácticas religiosas!

Además, Dios, como Padre y Señor, espera un culto digno: no acepta despilfarro como la ofrenda de animales defectuosos y enfermos hecha por los sacerdotes (M1 1,7-9).

En particular, Dios cuestiona y rechaza las ofertas y súplicas de quienes pisotean los derechos de las personas, cometen injusticias y tienen las manos manchadas de sangre.

En efecto, junto a la justicia en las relaciones y en los tribunales, lo que el Señor espera es la misericordia, la bondad, la solidaridad concreta con los débiles, los más desfavorecidos. Este es el “culto de la vida”, expresado en la existencia cotidiana fuera del templo.

Este culto “horizontal”, basado en la justicia y la caridad, es ya el comienzo del culto “vertical”, en la medida en que el creyente vuelve al Señor mediante la escucha y la acogida de la Palabra, la conversión y el cambio de vida. Para los profetas, el “culto de la vida”, semanal y diario, es el ejercicio espiritual que anticipa y, al mismo tiempo, hace sincero y verdadero el culto ritual.

## Continuidad y creatividad

Las expectativas de Dios presentes en los profetas resuenan en la revelación del Nuevo Testamento y se enriquecen con innovaciones radicales. El reproche de Is 29,13 es retomado por el Señor Jesús: «*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran*» (Mc 7,6-7; Mt 15,8-9). Incluso con acentos propios, se confirma el vínculo entre celebración y vida, entre culto y solidaridad.

Jesús pide explícitamente reconciliarse con su hermano antes de presentar la ofrenda en el altar (Mt 5,23-24). Proclamar «*Bienaventurados los misericordiosos, porque a ellos se les mostrará misericordia.*» (Mt 5,7).

En Juan la institución de la Eucaristía está asociada al lavatorio de los pies (Jn 13,12-15): celebrar la muerte del Señor nos compromete a servir a nuestros hermanos.

A su vez, san Pablo denuncia la disociación entre eucaristía y caridad fraterna, como en la comunidad de Corinto donde la celebración de la Cena del Señor es precedida por la comida común reservada a unos pocos privilegiados con exclusión de los más pobres. El Apóstol reacciona enérgicamente: «*Cuando se reúnen, lo suyo ya no es comer la Cena del Señor*» (1Cor 11,20).

En las Iglesias apostólicas, en comparación con las comunidades de origen judío, poco a poco se va imponiendo una práctica de celebración específica. Los primeros cristianos, además de asistir al templo, se reunían en los hogares para celebrar la Eucaristía (Hch 2,46; 1Cor 11,17-23). Los nuevos creyentes comienzan a reunirse para reuniones litúrgico-celebratorias particulares, como lo demuestra la exhortación de san Pablo a elevar cánticos, himnos y salmos al Señor, dejándose guiar por el Espíritu Santo (Ef 5,19-21; Col 3,16-17).

En una visión ideal el libro de los **Hechos** presenta la Iglesia de Jerusalén donde los cristianos «*perseveraron en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan*», es decir, el rito eucarístico, «*y en oraciones*» (Hechos 2,42). En Antioquía, Bernabé y Saulo reciben su investidura misionera durante una reunión de culto de la comunidad (Hechos 13,2-3).

Con el tiempo, las primeras comunidades cristianas desarrollaron una experiencia cultural propia y multifacética que tuvo su expresión más alta y central en la celebración de la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de Cristo.

En las comunidades apostólicas, además de determinados momentos de celebración, se da una particular importancia al “culto de la vida”, concretamente a una existencia cotidiana, en familia y en sociedad, vivida en obediencia y fidelidad al Señor.

El primer testigo es Cristo, que en obediencia al Padre se hizo hombre: «*Al entrar en el mundo, Cristo dice: No quisiste sacrificio ni ofrenda, no te gustaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado. Entonces dije: “Aquí vengo... hacer, oh Dios, tu voluntad”*» (Heb 10,5-7; Sal 40,7-9). Luego, cuando se acerca la hora de la cruz, Jesús confirma una vez más su obediencia: «*¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz! ¡Pero no como yo quiero, sino como tú quieres!*» (Mt 26,39).

Es significativa la invitación del Apóstol a los cristianos de Roma: «*Ahora, hermanos, por la misericordia de Dios, los invito a ofrecerse como sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios: éste es el verdadero culto. No se acomoden a este mundo, por el contrario transfórmense interiormente con una mentalidad nueva, para discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno y aceptable y perfecto*» (Rm 12,1-2).

No se trata de un culto íntimo sino de una acción concreta inconformista respecto de la lógica dominante. Ofrecer el cuerpo significa involucrar todas las energías de la persona: física, emocional, intelectual. Toda la existencia del creyente – pensamiento, palabra y acción – se convierte en culto espiritual en la medida en que está inspirada por la voluntad de Dios. En concreto, como nos recuerdan los siguientes versículos (Rm 12,3-10), es una vida de amor y de solidaridad. (Véase también Dt 6,12-13)

Una mayor confirmación de la vida como culto espiritual se encuentra en 1 Pedro 2,5: *«Como piedras vivas son edificados también como edificio espiritual, para un sacerdocio santo y para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios, por medio de Jesucristo».*

Es el sacerdocio común que consiste en una vida de fidelidad a Dios y de servicio a nuestros hermanos. Para Jesús se trata de realizar la voluntad del Padre, con todas sus implicaciones existenciales: «No todo el que me dice: “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7,21).

Esta visión fue anticipada por la petición del Señor en un pasaje fundamental de Miqueas, que vale la pena citar una vez más: *«Haz justicia, ama la bondad, camina humildemente con tu Dios»* (Mi 6,8).

## **NO TE POSTRARAS ANTE OTROS DIOS**

*«Sin cesar les envié a mis siervos los profetas para decirles que se convierta cada cual de su mala conducta y que corrija sus acciones; no sigan a dioses extraños, dándoles culto; así habitarán en la tierra que les di a ustedes y a sus padres. Pero no me obedecieron ni me hicieron caso»* (Jer 35,15)

¿Adherirse a Dios o servir a deidades extranjeras? La tentación de seguir a otros dioses ha marcado la historia de Israel. El Señor a través de los profetas no ha dejado de dirigirse a los hijos de Israel, llamados *«mi gente»*, para invitarlos a volver a sí mismos. Dios no se rindió ante la infidelidad. Continuó pronunciando su palabra para suscitar la adhesión del corazón y ser reconocido como el único Señor. Habiendo recordado brevemente la tentación idólatra del pueblo elegido, conviene recordar las principales intervenciones de los profetas en este sentido.

### **Sincretismo religioso**

Durante la monarquía, así como en el período del exilio y del post-exilio, la experiencia religiosa del pueblo elegido, aunque caracterizada por una monolatría cada vez más explícita, experimentó diversas formas de sincretismo.

Junto al culto a Jahweh, proclamado único Dios de Israel, existe una recurso múltiple de otras divinidades.

Significativa es la visión de Ezequiel que, transportado de Babilonia a Jerusalén, ve el templo profanado por cultos idólatras, destinados al *«dios de los celos»*, que podría ser Astarté, a las divinidades egipcias, a Tammuz, divinidad de la vegetación y la fertilidad, al dios sol (Ez 8,1-12).

Además de estas deidades, se pueden enumerar otros dioses hacia quienes se volvían los hijos de Israel.

Baal, dios de las tormentas y de la fertilidad, venerado especialmente en Tiro y por los fenicios, es la divinidad extranjera que aparece con mayor frecuencia en la Biblia.

En la mitología cananea, Baal se asocia a menudo con Astarté como su consorte, a quien Salomón construyó un templo (2 Reyes 23,13). Jeremías se refiere a ella, llamada “reina del cielo” (Jer 7,18; 44,17).

Luego, una imagen macabra y sangrienta es Moloch, una deidad cananea a quien se sacrificaban niños. Josías (2 Reyes 23,10) y Jeremías (Jer 32,35) se opusieron a esta abominación.

Del panteón babilónico se hace especial mención a Marduc-Bel, considerado el dios supremo de Babilonia, su hijo Nebo, considerado el protector de los escribas, así como a Istar, la diosa del amor. A ellos se refiere Jeremías (Jer 50,2; 51,44) y sobre todo Isaías, que en tono satírico describe las procesiones religiosas en Babilonia: «*Bel está en el suelo, Nebo está boca abajo; cargan sus imágenes sobre bestias y animales de carga, y las estatuas que les cargan en andas son una carga abrumadora; a una se encorvan y se desploman: incapaces de librar al que los lleva, ellos mismos marchan al destierro...*» (Is 46,1-2).

Además, podemos recordar a Dagón, la principal deidad de los filisteos, cuyo culto se extendió también a Siria y Palestina. En tiempos de Sansón, Dagón es venerado en Gaza (Jue 16,21.23) y en tiempos de Samuel en Asdod, en cuyo templo los filisteos colocaron el arca de Dios después de habérsela robado a los israelitas (1Sam 5,1-2).

También nos encontramos con el nombre de Camos, el dios de Moab, a quien el rey Mesa sacrificó a su primogénito (2 Reyes 3,27). Jeremías también se refiere a Camos (Jer 48,7.13.46).

Una confirmación de un culto sincretista se puede encontrar en Sofonías: «*Extenderé mi mano sobre Judá – dice el Señor – y sobre todos los habitantes de Jerusalén; eliminaré de este lugar lo que queda de Baal y el nombre de los cultistas junto con los sacerdotes, los que se postran en los tejados ante el ejército celestial y los que se postran jurando por el Señor, y luego juran por Milcom*» (Sof 1,4-5), el dios amonita.

## **Adoración idolátrica**

El culto de los hijos de Israel a las divinidades paganas se debe a diversos factores: la influencia de los pueblos con los que entraron en contacto las tribus de Israel, los intercambios comerciales, los matrimonios mixtos, en ocasiones el apoyo o la elección del rey.

Podemos recordar a Salomón que, aunque defensor del Jahvismo, en su avanzada edad, por amor a sus esposas y concubinas, se dejó atraer por la diosa Astarté, por el dios Milcom y mandó construir un lugar alto frente a Jerusalén, es decir, un templo, en honor a Camosh y Moloch (1 Reyes 11,1-8).

Incluso el rey Acab, partidario del culto a Jahweh, debido a su apego a su esposa Jezabel, hija del rey de Tiro, favoreció la difusión del culto a Baal: en Samaria hizo construir un templo a Baal, donde cuatrocientos y cincuenta profetas oficiaron a costa de Jezabel, por tanto de la corona (1 Reyes 16,31-33; 18,19).

Por su parte, Manasés, que ascendió al trono después de Ezequías, durante su largo reinado (687-642) favoreció el resurgimiento y la difusión de cultos paganos: construyó colinas y erigió altares a Baal y otras deidades, colocó la estatua de un ídolo en el templo (2 Crónicas 33,3-7).

El pueblo de Israel expresó la culto a divinidades locales y extranjeras mediante la construcción de templos, la creación de estatuas, imágenes sagradas, estelas simples, el cultivo de jardines y árboles sagrados, la prostitución sagrada. Entre las prácticas culturales abundaban las libaciones, ofrendas, oraciones, sacrificios de animales y procesiones. En algunos casos incluso sucedió la inmolación de niños.

Las diferentes expresiones culturales se vieron favorecidas, en parte, por una necesidad de concreción, así como por un deseo implícito de tocar lo divino de primera mano e influir en él, adaptándolo a las propias expectativas. Así entendemos el compromiso de esculpir estatuas y revestirlas de oro y plata, de levantar estelas, de preparar alimentos para la divinidad, de llevar en procesión la imagen del dios.

La motivación principal estaba dictada por un interés concreto e inmediato: obtener la protección divina, la lluvia, la fertilidad de los rebaños, el don de los hijos, la salud, el bienestar material, así como la victoria sobre los enemigos.

El hombre que fabrica un ídolo construye un dios a su medida, al que de muchas maneras y con diferentes motivaciones cree poder dominar y controlar, al que sin embargo se somete y se somete: de amo pasa a ser siervo. Es la contradicción en la que cae el hombre, efectivamente resumida por Paul Beauchamp: «El ídolo es mi esclavo, del cual soy esclavo».

## La intervención de los profetas

De muchas maneras y con diferentes motivaciones, los profetas se opusieron a los cultos idólatras y sincretistas.

Jeremías recuerda la severa acusación del Señor: *«Mi pueblo me ha cambiado a mí, su gloria, por un ídolo inútil»* (Jer 2,11).

Isaías recuerda la oposición de Dios a los árboles sagrados y a los agradables jardines en honor del dios Tammuz (Is 1,29; 17,10) y el lamento del Señor dirigido a los habitantes de Judá y de Jerusalén: *«Su tierra está llena de ídolos; adoran la obra de sus manos»* (Is 2,8).

Oseas, entonces, se convierte en portavoz de la condena de los cultos paganos expresada por Dios: *«Él mismo derribará sus altares, destruirá sus estrellas»* (Os 10,2).

Con un tono polémico y a menudo sarcástico, los profetas se expresaron sobre la nulidad y la ineficacia de los ídolos: *«Ellos son nada, sus obras son nada, sus ídolos son viento y vacío»* (Is 41,29).

Jeremías glosa: *«Los ídolos son como el hombre del saco en un campo de pepinos.»* (Jer 10,5): insignificantes.

Los ídolos, artefactos hechos por el hombre, son estatuas que no se mueven (Is 40,20), cubiertas de oro y plata no tienen aliento vital (Hab 2,19).

Daniel responde al rey Ciro, convencido de la insaciabilidad del dios Bel, a quien se ofrecían cada día doce sacos de harina fina, cuarenta ovejas y seis toneles de vino: *«No te dejes engañar, oh rey: ese ídolo es de barro por dentro y de bronce por fuera y nunca ha comido ni bebido»* (Dan 14,7).

Los ídolos, recuerda el salmista, *«son plata y oro. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Sus manos no se tocan, sus pies no caminan»* (Sal 15,4-7).

Según los profetas, sin embargo, la forma de actuar es radicalmente diferente Jahweh, el Dios de Israel: habla, ve, escucha, interviene con mano poderosa, camina con su pueblo.

Además de estas notas sobre la inconsecuencia y la ineficacia de los ídolos, los profetas tuvieron cuidado de recordar los cuidados del Señor para con su pueblo: la liberación de la esclavitud en Egipto, la alianza, la guía en el desierto, el don de la tierra prometida, el regreso de los deportados de Babilonia...

En nombre de la relación privilegiada con Dios, Israel, según un texto que se remonta a la época de la monarquía, está invitado a una afiliación exclusiva a Jahweh: *«Yo soy el Señor, tu Dios. Yo te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses rivales míos. No te harás imágenes: figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos ni les darás culto. Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno»* (Dt 5,6-9; 6,4).

En particular, los profetas subrayan un vínculo único y privilegiado entre Dios y su pueblo al referirse al éxodo y recordar la alianza, confirmada repetidamente con la fórmula: *«Yo seré tu Dios y vosotros seréis mi pueblo»* (Jer 7,23; 24,7; 30,22; Bar 2,35; Ez 11,20; Zc 8,8).

Este vínculo único de Jahweh con su pueblo se expresa eficazmente con la imagen matrimonial del amor fiel de Dios con su esposa (Os 2,16-22; Jer 2,2; Ez 16).

Explícitamente, Dios asegura a su pueblo: *«Con amor eterno os he amado, por eso sigo siendo fiel a vosotros»* (Jer 31,3). Por eso Miqueas puede atestiguar: *«Caminen todos los demás pueblos en el nombre de su Dios, nosotros caminaremos en el nombre del Señor nuestro Dios por los siglos de los siglos»* (Mi 4,5).

## **Confianza en Dios**

Con sus intervenciones los profetas presentan otro paradigma de experiencia religiosa. El israelita, que da espacio a un culto sincretista y venera a otras divinidades, no sólo sitúa a Jahweh junto a otros dioses, sino que inicia una relación “mercantil” con la divinidad: intenta “domesticar” al dios al que se dirige, para obtener la benevolencia divina con sus ofrendas y prácticas religiosas.

Frente a la visión de un culto externo, material, interesado en someter a Dios a sus necesidades, los profetas se convirtieron en promotores de un culto espiritual, destinado a convertir el corazón, a escuchar la Palabra y a acercarse a Dios.

En el centro está Jahweh, su santidad y su trascendencia, su amor y su misericordia. Las prácticas de culto y religiosas son bienvenidas y apreciadas por el Señor si son una búsqueda de su rostro. Los justos buscan al Señor y confían en su bondad. Sabe que Dios ama la vida del hombre, le da perdón, asegura su protección, no le faltará lluvia, prosperidad y ayuda. ¡Los individuos y las comunidades están invitados a partir no de sus intereses inmediatos sino de Dios!